

# Entre la catástrofe y el desencanto:

## Aproximación a la narrativa de Gustavo Díaz Solís

Julio Cortez  
Universidad de Oriente  
Núcleo de Sucre

Fecha de envío: 25 de enero de 2024

Fecha de aprobación: 14 de marzo de 2024

### Resumen

Este artículo tiene como objetivo principal caracterizar la obra cuentística del escritor venezolano Gustavo Díaz Solís, contextualizándola dentro de la tradición telurista latinoamericana. Para ello, se realiza un análisis profundo de dos de sus cuentos: “El niño y el mar” y “Cachalo”. A través de una aproximación hermenéutica a ambos relatos, se busca demostrar cómo el autor logra conferir una dimensión universal a sus narraciones, recreando el gran sueño de la época moderna: la dominación absoluta de la naturaleza. La hipótesis central que se plantea es que, a partir de una narración aparentemente sencilla protagonizada por niños, se nos presenta el proceso mediante el cual el ser humano se fusiona con el medio natural, estableciendo una unidad indisoluble con su “madre naturaleza”. De esta manera, “El niño y el mar” y “Cachalo” se erigen como ejemplos claros de cómo Díaz Solís explora la constante lucha del hombre por dominar, de manera progresiva y cada vez más ambiciosa, el entorno natural que lo rodea.

Palabras claves: Literatura telúrica, la cuentística de Gustavo Díaz Solís, literatura y naturaleza Retórica

### Between the catastrophe and the disenchantment: and approximation to the narrative of Gustavo Díaz Solís.

#### Abstract

The main aim of this article is to characterize the storytelling of the Venezuelan writer Gustavo Díaz Solís by contextualizing it within the telurista Latin-American tradition. In order to do that, a deep analysis of two of his short stories was made: El Niño y el Mar, and Cachalo. Through a hermeneutic approach to both works, the research intends to demonstrate how the author confers a universal dimension to his narrations, thus recreating the great dream of modern times: the absolute domination of nature. The main hypothesis proposed here is that, parting from an apparently simple narration whose main characters are kids, the process through which human beings merge with nature is portrayed, establishing an indissoluble unit with their “mother nature”. In this way, El Niño y el Mar, and Cachalo stand out as clear examples of how Díaz Solís explores humankind’s constant struggle for dominance, in a progressively more ambitious way, of the natural environment that surrounds it.

Keywords: Terúlica Literature, Gustavo Díaz Solís storytelling, Literature and Nature.

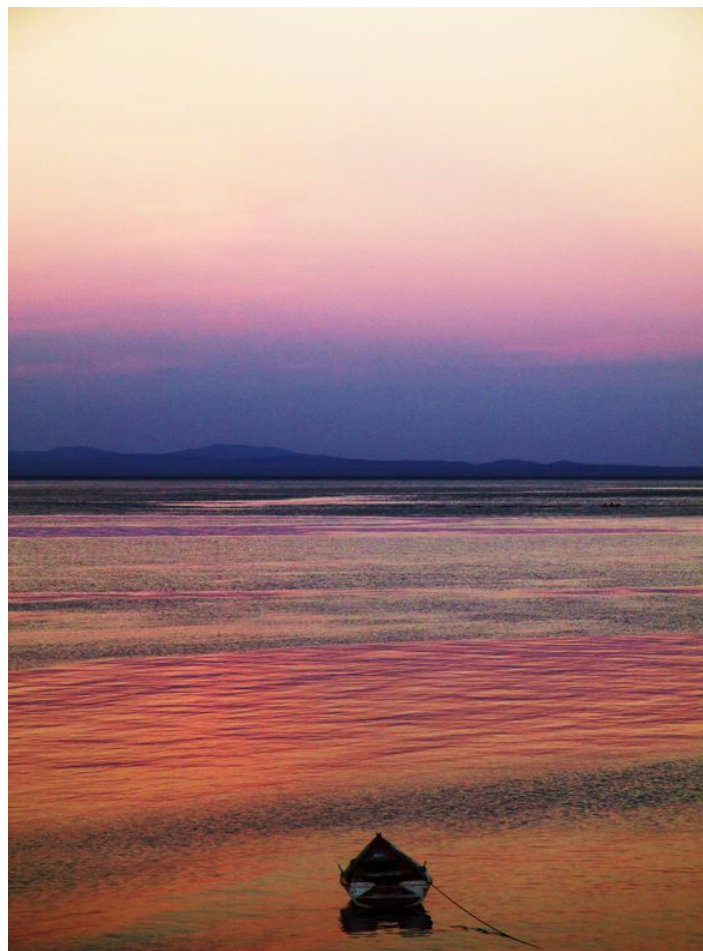


Foto : Miguel Arenas

elemento natural constituía un ingrediente virtualmente ineludible en nuestra literatura. A partir de la publicación de María, es posible documentar -como lo ha hecho la colombiana Lydia de León Hazera- un ciclo novelístico cuyo fruto más tardío es La Casa Verde. No es sólo la novela, sin embargo, la que se nutre del gran tema puesto en boga por Sarmiento. También el cuento explota provechosamente el filón telúrico. Pensemos en Quiroga, referencia obligada a este respecto. Precisamente Quiroga, autor al cual -según propia confesión- Gustavo Díaz Solís ha frecuentado de manera asidua durante casi toda su carrera intelectual.

Acaso a través de la obra de Quiroga -pero también, seguramente, gracias al influjo de Gallegos- Díaz Solís empalma a su modo con la tradición telurista. Ya en su libro primerizo, Marejada (1940), se encuentra un relato claramente inscrito

### Introducción

**H**asta fecha reciente, la naturaleza ocupó un lugar central en las letras hispanoamericanas. Fuese como inquietante trasfondo de las luchas humanas, o como resistencia frente a la cual el hombre debía triunfar (pero, con mayor frecuencia, sucumbir), el

en el ciclo narrativo de la selva. En ese relato, "Morichal", la naturaleza es aún -como en tantos otros textos de idéntica filiación- la antagonista de formidable poderío que aplasta indefectiblemente al individuo, desprevenido e inerme. Sus sendas conducen directamente al abismo, a la pavorosa experiencia de los límites a la locura o a la muerte. Tal es la visión que informa a "Morichal".

En cuentos posteriores, el autor desplegará el tema de las relaciones hombre-naturaleza desde un ángulo sensiblemente diferente en alcance y profundidad. Los seres y espacios naturales ya no serán -al menos en el marco de determinados relatos- el enemigo que mastica y deglute, porque sí, a los individuos. Antes, al contrario: será el sujeto humano quien emprenda el avasallamiento de una naturaleza esencialmente reactiva. Tal acontece, con particular diafanidad, en dos magníficos relatos de Díaz Solís "El niño y el mar" y "Cachalo".

En las páginas que siguen se ensaya una aproximación hermenéutica a ambos relatos. A partir de un abordaje en profundidad", se intenta mostrar la manera en que el autor, confirmando una insospechada dimensión universal a sus narraciones, recrea el gran sueño de la época moderna: Consumar la dominación de la naturaleza.

I

"El niño el mar" ve la luz por primera vez en el volumen Cuentos de dos tiempos publicado en el año 1950. Por su desarrollo y por los recursos que en él se emplean, se trata de un cuento tradicional. Sin embargo, este hecho no le resta valor alguno. Diríase que, más bien al contrario, ceñido al modo tradicional de narración, Díaz Solís alcanza un nivel de excelencia que ya quisieran para sí muchos de los llamados renovadores del género cuentístico en Venezuela. La verdad es que ese texto se encuentra a la altura de los mejores relatos de Poe, Maupassant, Chejov, Quiroga, Rulfo, Cortázar y unos pocos nombres más.

Pero lo que toca a su historia, ésta no ofrece mayores complicaciones. Un niño llega a una playa desierta con el objeto de coger cangrejos. Tras una serie de incidentes menudos, emprende su tarea. Toma una cañita e inicia la búsqueda. Al principio sus esfuerzos son infructuosos, pero pronto da con una piedra bajo la cual se ocultan dos cangrejos. Los atrapa hábilmente y luego se encamina hacia dos rocas que la marea, al bajar, ha dejado al descubierto. Allí encuentra una cuevita en cuya interior adivina la presencia de un cangrejo. Introduce la cañita en el agujero hasta toparse con algo que -renuente a salir- opone resistencia y termina por arrancarle la cañita de la mano. El niño no se da por vencido y decide esperar. Al fin aquella fuerza misteriosa emerge a la superficie. Es un cangrejo enorme cuyo aspecto causa terror al niño, que huye justo en el momento en cual la marea, en plena creciente, comienza a llegar hasta las rocas.

Como todo resumen, el que acabamos de ofrecer presta atención a los grandes momentos de la línea narrativa al precio de omitir acciones, detalles, etc. de importancia cardinal. Conviene examinar con cuidado, entonces, los pasajes claves del relato, pasajes literalmente borrados por una operación simplificadora del resumen.

Sobre la duna apareció la copa redonda de un sombrero de paja y el rostro trigueño de un niño y la camiseta a rayas rojas y los pantalones azules y los pies en alpargatas (AS, p.7)

Así se inicia "El niño y el mar". Este comienzo en apariencia (y sólo en apariencia) sencillo ha despertado la admiración de al menos tres generaciones de lectores. En verdad, la historia universal de la literatura registra muy pocos relatos capaces de exhibir un comienzo tan deslumbradoramente hábil. Mas no se trata de mera habilidad o maestría. En su caso cabría hablar, sin exageración alguna, de un auténtico milagro. Si Jesús logró resucitar a Lázaro con el poder irresistible de su palabra, Díaz Solís, con su pluma, efectúa una operación de similar envergadura: imprime dinamismo a la descripción de un modo asombrosamente natural, limpio y eficaz. Por lamentables razones de tiempo y espacio, no podemos detenernos aquí a considerar esta cuestión. En el presente contexto, sólo interesa el sentido profundo del mensaje.

A un nivel superficial, el narrador nos refiere la entrada en escena del niño. Proveniente de un poblado que suponemos situado detrás de la duna, el niño se deja llevar a la playa. Pero bajo la superficie de unos hechos tan sencillos es posible leer, al modo de u palimpsesto, otra historia. Antes de abordar en detalle esta segunda historia, es menester decir dos palabras en torno a la interpretación que, del personaje de este cuento, hace Orlando Araujo. Sostiene Araujo que el pequeño personaje "No es un niño símbolo, es un niño" (Araujo, 1972: 314). Se trata, en efecto, de un niño, no de un niño-símbolo. Este ser concreto y casi "a nuestro alcance", bajo nuestra protección" (ob cit, p. 313) es, ciertamente, un niño. Pero al mismo tiempo- así lo revela otra lectura- es un símbolo, pues remite a algo que está más allá. Entiéndase bien: no es un niño-símbolo, es niño y símbolo, lo cual es una cosa por completo distinta.

Ese más allá al cual remite el niño es el Hombre con mayúscula, la especie humana (aunque intenta representar una suerte de epopeya de la Humanidad, que emprende la conquista científica y material del mundo). Hablar del género no significa necesariamente, sin embargo, perder de vista al individuo. En los hechos esenciales y determinantes de su existencia, el individuo se halla estrechamente ligado al género. Sobre este particular podrían aducirse muchas pruebas. Pensemos, por ejemplo, en el feto humano. En el curso de su desarrollo, dicho feto parece repetir las etapas evolutivas por las que atravesó en su momento la especie. Pero no es sólo el organismo en sentido estrictamente biológico el que revive experiencias de tipo genérico. Por lo que toca al psiquismo, Freud ha mostrado de manera plausible que todo individuo, a lo largo de su vida, recorre las fases transitadas alguna vez por el género humano. Por su parte, Heber Read ha argumentado convincentemente que, durante los años iniciales de la infancia, los niños "parecen recapitular el desarrollo del arte en su infancia de la humanidad" (Read, 1970: 23). En lo que concierne a nuestro asunto, ocurre algo parecido. También aquí la actividad del individuo remite a la acción genética y viceversa.

Esclarecido el estatuto del personaje, consideremos la segunda historia que se nos refiere en "El niño y el mar". Volvamos sobre el párrafo que da inicio al relato:

Sobre la duna apareció la copa redonda de un sombrero de paja y el rostro trigueño de un niño y la camiseta a rayas rojas y los pantalones azules y los pies en alpargatas (AS, p.7).

Más allá de la sencilla narración de un niño que arriba a una playa desierta, Díaz Solís nos relata en este pasaje el proceso mediante el cual el hombre (y, a una escala diferente, el ser individual) surge del seno de la naturaleza. En términos filogenéticos, el hombre- a partir, como diría Erich Fromm, de un estado de unidad indiferenciada con el mundo natural- logra erigirse en una entidad no solo superada, sino también distinta. Lo que marca el viraje decisivo es, justamente, aquello que nos distingue de todos los demás vertebrados, la verticalización y la bipedalidad. La posición erguida y la marcha bípeda son, como ya anticipó brillantemente Engels, “el peso decisivo para el tránsito del mono al hombre (Engels, 1976, p. 65 y sigs.). Es precisamente este hecho cardinal el que se nos re-presenta en el pasaje. La emergencia del niño simboliza la lenta adopción de la posición erguida, que se combina con la marcha bípeda. Todo sucede como si el niño se irguiese y, llevado por la fuerza de su propio movimiento, echase a andar. Le vemos surgir de una manera pausada, trabajosa. La sucesión morosa y encadenada de las distintas partes del cuerpo- efecto sugerido por la repetición de la conjunción copulativa- reproduce la emergencia nada fácil del ser humano, tanto en sentido genérico como individual. En fin, el niño literalmente nace de las entrañas de la tierra en un parto lento, pero casi inexorable: primero sale la cabeza, luego el tronco y, por último, las extremidades inferiores. Y finalmente, allí le tenemos, humano ya.

Pero la naturaleza no se resigna fácilmente a este desprendimiento. Como las madres demasiado posesivas, ella tira de los suyos con una disolvente fuerza centrípeta. Quiere restituirlos a su seno, sumergirlos nuevamente en la masa indiferenciada que la constituye. En ese sentido, dentro y fuera del individuo se agitan elementos que lo impelen a reintegrarse al magma amorfo que es su tierra de origen. La naturaleza exterior le empuja a la animalización, la interior busca el retorno a la plácida situación intrauterina. En ambos casos, el resultado es una simbiosis perfecta y total con el entorno. El hombre se hace indistinguible del medio natural, el niño forma una unidad con esa otra naturaleza, su madre.

Por breve espacio pareció perderse, fundirse en el ambiente (AS, p.7).

No obstante, la conciencia puede y debe recuperar su recién adquirido dominio en una reafirmación de poderío. El sujeto logra imponerse a la corriente entrópica que tiende a anularlo, a disolverlo en la masa natural.

Però luego se fue como reuniendo de nuevo en sí y se sintió nítido en el aire con su sombrero de ala muy corta y su camiseta a rayas rojas y sus pantalones de gruesa tela azul que le quedaban zancos y los pies en las alpargaticas negras. (AS, p.7).

El hombre- que se había restituido brevemente al seno natural- recupera su condición humana, hecho simbolizado por la recapitulación del proceso de individuación. Para hacerlo, ha debido someter su propia naturaleza interior, pues la conquista del medio natural externo “empieza con la perpetua conquista de las facultades “inferiores” del individuo sus facultades sensuales y las pertenecientes al apetito (Marcuse, 1976: 109).

Separado de la naturaleza, el hombre comienza a exhibir los otros atributos que lo distinguen de los demás integrantes del reino animal. Más que estar movido por instintos ciegos,

el sujeto es capaz de imponerse objetivos a partir de la elección racional efectuada entre metas distintas.

... las jaibitas pardas no interesaban al niño. No tenían nada que comerles... Al niño le interesaban los grandes cangrejos moros, rojos y azules. (AS, p.8).

Esa actitud típicamente racional se exterioriza de igual manera en otros hechos. Vemos al niño quedarse pensativo durante un buen rato. A todas luces, planea el modo de alcanzar su propósito y selecciona los medios idóneos para acometer exitosamente su empresa. Resuelto mentalmente el problema, pone en marcha su plan, cuyo momento inicial consiste en aprovisionarse de aquellos instrumentos acordes con el objetivo trazado (el personaje, es verdad, entra en escena provisto de un recipiente metálico. Esta circunstancia obedece a razones de economía y, sobre todo, de verosimilitud: las latas no suelen crecer en la naturaleza como lo hacen las cañas. El niño

... Se levantó... Recogió la lata por el asa de alambre y caminó un poco en torno mirando al suelo. Buscaba un palo o caña adecuado a su propósito... Cerca de un tronco espeso de agua encontró una cañita que le pareció buena. (AS, p.8-9).

Armado ya con los útiles apropiados, el sujeto da inicio al proceso de conquista de la naturaleza exterior. Con paso decidido se encamina a su objeto.

... Así, caminando sobre el desnudo fondo del mar, se veía pequeñito, íngrimo, pero como animado de una movilidad resuelta (AS, p. 9).

He allí la magnífica adaptación literaria de un recurso que en el ámbito cinematográfico se emplea para achicar al individuo: “el picado”. El niño nos es presentado en una especie de toma hecha desde lo alto hacia abajo. El propósito es obvio: compararlo con el entorno al cual debe enfrentarse. La imagen que resulta de esta comparación les es familiar al lector ya desde el mismo título: “El niño y el mar”. La naturaleza aparece como un objeto enorme, desmesurado, inconmensurable. Ese objeto ilimitado en su tensión material, encierra un poder de magnitud idénticamente elevada. Comparado con una naturaleza exterior que le excede y sobrepasa ampliamente, el sujeto aparece como un ser no solo minúsculo y frágil, sino además librado exclusivamente a sus escasas fuerzas. El niño, repite una y otra vez el narrador, está solo y separado frente al mar (AS, p. 7). No obstante, el sujeto sabe que, a pesar de su insignificancia física, hay algo que le pone por encima de la naturaleza: él es poseedor de razón y juicio moral (Cfr. Ramoneda, 1982, pp. 19-24). De allí que, pese a toda su pequeñez y soledad, está “como **animado** de una movilidad resuelta”. En este caso, el empleo del vocablo **animado** no es gratuito ni casual. Dicho vocablo nos remite tácitamente a aquel factor que diferencia al hombre de los demás seres de la Creación, el alma, ya mencionada en su forma secular: raciocinio y moralidad. En claro contraste con el espíritu que habita la corporeidad del hombre, el narrador alude reiteradamente a la irracionalidad de los restantes seres orgánicos: los “caracolitos... comenzaron a moverse en una **ciega** palpitación de vida”, “El cangrejo comenzó a dar vueltas **locas** en el fondo...” (AS, pp. 9-10), etcétera. Así, aunque sea una criatura físicamente endeble e ínfima, el sujeto no deja de poseer la



íntima certeza de su propia superioridad. Precisamente esta certeza le proporciona aliento y dirección a su ambiciosa empresa: avasallar la naturaleza.

Leamos ahora un dilatado pasaje que nos permitirá exponer el doble carácter que emprende el sujeto:

El niño avistó una piedra chata que tenía un borde apenas levantado. Parecía guardar algo. Se acercó cautelosamente. Con cuidado puso la lata sobre el suelo. Luego hurgó con la caña por debajo de la piedra. Se oyó un gorgoteo de agua y el roce de la caña con la arena. Hurgó así varias veces. Pero nada salió. Como a horcajadas sobre la piedra y con ambas manos trató de voltearla. Primero ni se movía. Pero poco a poco se fue aflojando y, de pronto, se despegó con ruido ventoso. El reverso de la piedra era amarillento y estaba poblado de caracolutos que en la luz comenzaron a moverse con una ciega palpación de vida. Sin embargo, no había ningún cangrejo.... Volvió a colocar la piedra y prosiguió. Adelante estaba otra piedra, un poco más pequeña, redondeada, gris y limosa. Hurgó también debajo de ésta y después la volteó. Sin haber visto supo que había algo allí.

Esperó que aclarara. Ahora surgían en la luz del agua aquietada dos, dos cangrejitos moros, rojizos y gordos. De inmediato se movilizó. Apartó la piedra. Aprestó la caña. Aprontó la lata. En el fondo del pocito veía los dos cangrejitos que se deslizaban entre nadando y caminando.

Después se juntaron y se apretaron en sus conchas. El niño acercó la caña a uno de los cangrejos. De primeras pareció no hacer caso. Se contrajo más aún. Pero después, cuando el niño lo hubo molestado de veras, mordió de pronto la punta de la caña con la macana grande a tiempo que levantaba la pequeña y la abría ciega y airada.

El niño sintió en la caña el tirón del cangrejo. Y con un movimiento rápido y diestro lo metió en la lata. El cangrejo comenzó a dar vueltas locas en el fondo, pegado a las paredes de la lata. El niño fue por el otro cangrejo. Este pasó por el mismo trance (AS, pp. 9-10).

En el extenso pasaje arriba citado, se transparenta dos modos específicos- si bien estrechamente relacionados- de dominio del hombre sobre el entorno. Someter el objeto significa, en primer lugar, conocerlo. La premisa de todo señorío sobre la naturaleza es el conocimiento de los procesos y relaciones naturales. Es la correcta aprehensión conceptual de esas relaciones y proceso lo que nos permite convertirnos en "amos y señores" del medio ambiente, pues al menos desde Bacon sabemos que "saber es poder". Pero la verdad de las cosas no se nos ofrece de manera fácil y directa. El objeto suele presentarse engalanado con una vestimenta engañosa. Lejos de entregársenos directamente, aparece enmascarado, cubierto por un atavío que es a un tiempo costra y antifaz. Por ello conocer es, ante todo y desde los orígenes del pensamiento, de-velar, des-cubrir aquello que, al esconderse, se nos niega como no se ha cansado de repetir Heidegger, el vocablo griego a-lethía- traducido normalmente como "verdad"- significa originalmente des-ocultamiento. Para aprehender la estructura interna del objeto es menester efectuar un acto de violencia: rasgar los velos que se interponen entre nosotros y esa estructura.

Precisamente a ese fin está encaminada la actividad inicial del niño. Le miramos hurgar alrededor de las piedras, levantarlas, voltearlas para hacer que salgan a la luz las cosas que se ocultan debajo de ellas. "Hurgó también debajo de esta y después la volteó... Esperó que aclarara. Ahora surgían en la luz del agua aquietada dos, dos cangrejitos..." Cumplida la actividad cognoscitiva, el sujeto da el paso siguiente: se apropia materialmente del objeto con la finalidad de ponerlo al servicio de sus necesidades. A la captación intelectual sigue la captura física. Y esta actividad se lleva a cabo de manera metódica, rápida y precisa: en cuanto el cangrejo mordió la punta de la caña, el niño "con un movimiento rápido y diestro lo metió en la lata". El segundo cangrejo, por su parte, corrió igual suerte. "El niño fue por el otro cangrejo. Este pasó por el mismo trance".

El sujeto- que se nos ha revelado como **ego cogitans** y **ego agens** ha dado un paso cardinal en la conquista de la naturaleza. La captura de los dos cangrejos simboliza la incorporación de un amplísimo segmento de la realidad natural al ámbito de la realidad humana. Pero esto no lo da por satisfecho. Él se experimenta y define a sí mismo, virtualmente, como un yo en proceso de perpetua superación, como diría Marcuse. Todo logro alcanzado cesa automáticamente de ser término, cosecha, descanso. Lejos de ello, representa más bien un punto de partida para ulteriores logros y adquisiciones. Con esto, el proceso ascendente termina erigiéndose, en fin. Lo mismo que el proceso de acumulación de capital, la tendencia a dominar la naturaleza no se detiene ante nada. "El niño seguía adelantado. Los ojos oscuros se le habían avivado. Casi sonreía" (AS, p. 10).

Esta tendencia a la superación perpetua y siempre renovada está alimentada por un anhelo prometeico: colonizar completamente y sin residuos el universo natural. No debe existir cosa alguna que no se halle al servicio de las necesidades humanas; la naturaleza en todas sus dimensiones, sean micro o macrocósmicas, tienen que servir a los fines del sujeto. Hay, de otra parte, una tendencia típicamente iluminista a descubrir los secretos de las cosas, a vencer la opacidad del objeto, a destruir las apariencias que impiden acceder al fondo de lo real. Ambas tendencias le llevan a una "cuevita **negrísima**" (AS, p.11). El adjetivo empleado por el narrador posee una connotación bastante precisa. En tanto que des-ocultamiento, conocer presenta no solo el sentido de traer a la luz (de allí el arte mayéutico de Sócrates), de despojar al objeto de sus falsas vestiduras para alcanzar la verdad **desnuda** (actividad en la cual, como ha visto Leszek Kolakowski, pensamiento y **strip-tease** se estrechan fraternamente la mano); también significa iluminar, arrojar luz allí donde antes reinaba la más negra oscuridad. A este propósito, tampoco es fortuita la semejanza fonética entre **mar** y **mal**, aprovechada por el autor.

La tendencia a la superación continua, decíamos, lleva al sujeto a una "cuevita **negrísima**". Allí se topa con una cosa de poder tan elevado como la propia naturaleza, en términos relativos. Sigamos al niño en su tentativa de exponer el objeto. Hurgó rápidamente. Y brusco, por instinto, sacó la caña porque sintió que había tocado algo móvil y duro como una piedra viva. Repuesto de la sorpresa volvió a introducir la caña en la cueva. Ahora sentía una fuerza que mordía la caña y casi se le arrancaba de la mano. Sentía sin ver la oposición de algo vivo escondido en la cueva.

... Sabía que estaba solo y al mismo tiempo sentíase frente a algo que se le oponía vivamente, oscuramente. Oía su propia respiración anhelante. Se miró las manos trémulas, los pies hundidos un poco en la arena mojada que rezumaba agua salada del mar. Arriba pesaba en el aire frío la cuenca oscura de la gran roca y a los lados las paredes húmedas de la piedra. Otra vez oía su respirar anhelante. Con cuidado fue introduciendo la caña en la cueva. Sintió cuando llegó al fondo. Cuando tocó la dura cosa viva. Cuando la cosa viva se contrajo y cuando tiró firme de la punta de la caña. Soltó la caña. La veía moverse un poco sobre la arena mojada. La veía moverse por una fuerza contraída que le venía de adentro de la cueva. Sentía la conexión con algo vivo escondido que se obstinaba, se defendía, no quería salir. (AS, pp. 11-12).

Conquistar la “dura cosa viva” (la cosa, anotemos de pasada parece contener la clave última de la realidad. En ella confluyen y se cruzan lo orgánico y lo inorgánico, la vida y la muerte. Posee las características de la vida y el claro signo de la muerte: movilidad y fuerza de lo vivo, dureza mineral de lo inerte. Se trata, en suma, de una piedra provista de vida. Lo dicho vale, desde luego para los dos cangrejos ya capturados, pero en el caso presente la cualidad aparece potenciada casi hasta el infinito); conquistar la “dura cosa viva”, decíamos, implica alcanzar la victoria definitiva, acceder a la esencia última del objeto y, con ello, consumir la humanización del entorno. Pero el objeto no cede espontánea y buenamente. Antes bien, opone una tenaz y fiera resistencia: “... se obstinaba, se defendía, no quería salir”. Cuando al fin se asoma, lo hace al unísono con la naturaleza toda, que se vuelve sobre el sujeto para tomarse su venganza y desvanecer las ilusiones humanas.

El sueño prometeico de dominio total sobre la naturaleza se derrumba. Lo natural se toma su desquite. El sujeto, cual aprendiz de brujo, desata fuerzas que terminan rebelándose en su contra:

El cangrejo parecía mirarlo con todo el cuerpo. Se desplazaba, se distendía, como agrandándose. Y el niño sentía que el cangrejo lo estaba mirando. Sudaba ahora copiosamente. El cangrejo, alzado en sus largas patas espinosas, avanzaba al sesgo con un movimiento infinitamente sutil y sigiloso, como si el aire se le fuera acercando. (AS, p. 13).

Pero este es solo el comienzo, apenas el anuncio de lo que vendrá después. Casi de inmediato la naturaleza se vuelve sobre el sujeto con todo el poder de su inmensa fuerza:

... el mar asaltaba el terraplén de las algas y avanzaba espumoso y vivo por todos lados, recobrando piedras y rocas y plantas marinas que vivían de nuevo en el ritmo del agua. El niño vio lejos la playa y la duna y el cielo detrás de la duna. Envuelto en el ruido del repunte corrió hacia la playa saltando y chapoteando en el agua tibia y clara del mar. Las huellas desaparecían rápidamente en el pulso del agua que sobre ellas hacía girar la arena en veloces y diminutos remolinos. (AS, p. 13).

Sometido a un largo y despótico control, el entorno se rebela y derrumba los sueños y las ilusiones humanas; y lo

hace con un recurso proverbial y universalmente temido: el diluvio. La naturaleza, en última instancia indomable, termina por borrar incluso las huellas que darían testimonio del paso del hombre por el mundo. Cómo no evocar aquí la página final de *Las Palabras y las cosas*. Si bien Foucault habla del hombre en tanto objeto de las ciencias humanas y sujeto constituyente, seámos permitido tomar literalmente sus palabras:

El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin.

Si esas disposiciones desaparecieran tal como aparecieron, si, por cualquier acontecimiento cuya posibilidad podemos cuando mucho presentir, pero cuya forma y promesa no conocemos por ahora, oscilaran, como lo hizo, a fines del siglo XVIII el suelo del pensamiento clásico, entonces podría apostarse a que el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena (Foucault, 1972: p.375)

## II

“Cachalo”, relato que examinaremos en este capítulo, fue publicado originalmente el año 1965 en “plaquette”, en una edición dedicada por el autor a los integrantes de la promoción universitaria por él apadrinada. En este texto, Díaz Solís no solo vuelve sobre uno de sus temas favoritos- la confrontación del hombre con la naturaleza-, sino que además confirma su extraordinaria maestría como narrador. Sin apartarse por entero de los cauces tradicionales, crea una estructura narrativa de una cierta complejidad. El lector desprevenido por momentos puede llegar a sentirse extraviado en unas páginas en las cuales, sin la menor brusquedad y de modo prácticamente inadvertido, el narrador salta de un plano temporal a otro.

Expongamos sucintamente su anécdota. Un niño descubre un pez al que bautiza como Cachalo. Intenta capturarlo, pero sin resultado alguno. Tras una ausencia de varios días, a su regreso realiza un nuevo invento de captura, igualmente fracasado. En la noche va al río a pescar. Durante la dilatada espera, piensa obsesivamente en el pez. Al día siguiente se le ocurre la idea de arponarlo. Improvisa un arpón y con él ensarta el Cachalo. Lo saca del agua y contempla su lenta agonía, la visión del animal muerto terina por desencantarlo, y coloca el cadáver en el suelo. Regresa a casa y luego cumple algunas actividades. Al rato vuelve al sitio en el cual había dejado el despojo del pez. Lo mira un tanto y, finalmente, lo lanza al río (AS, pp. 111-120).

Comparado con el escenario de “El niño y el mar”, el paraje en el cual se desarrolla “Cachalo” presenta signos de avanzada humanización. Manos anónimas han sembrado repollos en las vegas del río, en otros puntos del valle, muy seguramente, se cultivan plantas distintas. La corriente fluvial se halla contenida por el muro de la represa, que administra las aguas. En cuanto a la casa, ésta cuenta con luz eléctrica, lo que permite adivinar otras comodidades. A la humanización material se añade una cierta espiritualización del ambiente por obra del narrador. La representación del paisaje está dada con un sutil tono lírico, evocador del locus amoenus de la poesía bucólica. Diversos recursos estilísticos- en particular, un atinadísimo empleo del símil y, en general, de la adjetivación- se conjugan para producir en el lector la impresión de un paisaje realmente grato.

La casa estaba sobre la colina y por abajo iba el río y era verde y transparente y cuando uno se acercaba a pie por el camino se oía el ruido del agua, como lluvia. ... en la oscuridad diáfana de la noche velaba sus anzuelos y podía ver el movimiento del río y oía el ruido del agua que resbalaba como vidrio sobre el muro de la represa y caía en una pequeña catarata baja y espumosa. (AS, p. 111.)

Frente a estas discrepancias- que en gran medida explican la diversidad de desarrollo y, sobre todo, de desenlace que separa a ambos relatos- se imponen las semejanzas. El niño de “Cachalo” se halla embarcado en una empresa idéntica a la del personaje de “El niño y el mar”. También él trata de conquistar la naturaleza de la doble manera que hemos examinado antes. Y en su caso el resultado es un desencanto equivalente al terror final del cuento anteriormente analizado. Pero comencemos por el principio.

Su inquebrantable voluntad de dominio ha permitido al sujeto enseñorearse sobre un vasto sector de la realidad natural. En amplia medida, el objeto ha dejado de ser algo desconocido y no aprovechable por él. Así debe enterarse de la posibilidad prácticamente a la mano de pescar bagres o anguilas, posibilidad que se actualiza más adelante, cuando al revisar sus anzuelos, se encuentra con un bagrecito que ha caído (AS, p. 119). Pero ese dominio potencial y actual ya no le satisface. Su inconformidad se pone de manifiesto desde el principio, aunque superficialmente sólo aparezca referida a la captura de anguilas:

Mientras vigilaba sus anzuelos pensaba en los bagrecitos que probablemente pescaría, y también pensaba que quizá pescaría sólo anguilas —y esto le desagradaba (AS, p. 111).

De modo parecido al personaje del relato anterior, el sujeto de “Cachalo” se experimenta y, en el fondo, se concibe así mismo como un yo en proceso de perpetua superación. También para él todo logro alcanzado cesa inmediatamente de ser límite, para transformarse en punto de partida de nuevas conquistas: el objeto de su deseo es móvil, cambiante, escurridizo. Con esto, el reposo y la satisfacción quedan indefinidamente postergados. El cumplimiento de la actividad de conquista es diferido de manera permanente, arrojado cada vez a un más adelante -hipotéticamente- solo traza la línea de un progreso que se prolonga en el infinito. Para expresarlo con Marcuse:

El ego experimenta un ser como “provocación, como “proyecto”, experimenta cada condición existencial como una restricción que tiene que superar, transformar en otra. (Marcuse, p. 109).

Esa tendencia al avance continuo, el creciente avasallamiento del objeto, lo lleva a intentar la captura del corroncho. Pasemos revista al encuentro inicial del niño con el pez. Habiendo llegado al pozo, la pequeña topa con una presencia fascinante y sorprende un “enorme corroncho negro pegado a una roca blanca que reflejaba la luz que le llegaba por el agua” (AS, p. 112). Después de cerciorarse de que nadie lo observaba, volvió la vista hacia el pez.

El y lo miró intensamente y en el dorso taraceado le vio los ojitos que eran como los de una careta detrás de la

cual miraba el pez, y sintió entonces como que el pez y él se estaban mirando.

Agachado así, observando al corroncho, de algún sitio en sus recuerdos le vino una palabra, y la dijo bajito, como hablándole:

—Cachalo. (AS, p. 112)

El niño ha visto, pues, el corroncho. Su actividad inicial consiste en estudiarlo, en apropiárselo cognoscitivamente. De allí la denominación cachalo. Dar un nombre a algo supone controlarlo, al menos parcialmente. Ya desde el Antiguo testamento se conoce el poder de la palabra: en el principio fue el Verbo, y a partir de la Nada o más bien del Caos, el Verbo in-formó a las cosas, les dio realidad y constancia. Este poder constituyente fue heredado por el hombre, quien recibió el don de bautizar a los objetos y a su semejante. Así denominar equivale a “rescatar de lo amorfo una realidad para dotarla de una figura y un sentido definidos” (Rubert de Ventos, 1982, p. 230) y **definidores**. Con esto quiere significarse que la denominación es un dispositivo intelectual que permite acceder en una primaria instancia a lo real. Dar un nombre implica clasificar, insertar el objeto en el marco de lo ya conocido, introducirlo en el cuadro de lo inteligible y genérico.

Pero denominar no es todavía ejercer un dominio conceptual pleno sobre el objeto. Es, sí, un paso importante y hasta decisivo, pues permite extraer muchas de las cualidades resaltantes de la cosa, lo que aumenta la posibilidad de apropiársela físicamente. No obstante, la simple denominación, por su carácter necesariamente aproximativo y parcial, resulta insuficiente. Es menester capturar el pez no solo para satisfacción material del sujeto, sino también para alcanzar un conocimiento completo de las propiedades de aquel. Y a esa actividad, precisamente, se dedica el sujeto casi de inmediato.

... en un segundo o menos había pensado que de una vez se iría para arriba y buscaría el saco de coleta con el aro de alambre y se metería en el pozo y pondría la boca del saco debajo del borde de la roca donde se había escondido el corroncho, y con la caña, hurgaría por los otros lados hasta que el corroncho saldría y se metería en el saco.

Regresó al cabo de un rato, hizo todo como lo había pensado, y cuando levantó el saco y se escurría el agua miró al fondo. Pero no había nada.

—No cayó.

Probó otra vez con aun mayor cuidado. Volvió a levantar el saco y así que se escurría el agua, miró. Nada. (AS, p. 113)

A esta tentativa fracasada sigue, varios días después, otra similar fallida. ¿Por qué el sujeto, incluso en posesión de una cierta soberanía conceptual sobre el objeto, es incapaz de apropiárselo físicamente? La razón de este fracaso es doble. Debemos tener en cuenta, primeramente, que la cosa opone una pasiva, pero no por ello menos efectiva resistencia a los esfuerzos del sujeto. Tan pronto como percibe la presencia del niño, el corroncho desaparece, se esconde, acción que repite en otras varias oportunidades:

El aire de la voz tocó el agua del pozo y, abajo, el corroncho meneó la cola y se deslizó por el lado abrupto de la roca y graciosamente se escondió bajo el borde. (AS, p. 112)

Esta resistencia opuesta por lo real es, en primer término, puramente física. El pez se escurre, se esconde bajo la roca. Literalmente, desaparece del a vista, se substraer a la mirada del niño, y con este mismo gesto imposibilita su captura material. Pero a la vez, simbólicamente, esta resistencia es epistemológica. Ese esconderse connota la oposición del objeto a dejarse conocer por completo, hecho inscrito ya en el propio cuerpo del pez: el niño “le vio los ojitos que eran como los de una careta detrás de la cual miraba la paz” (AS, p. 112). En el capítulo anterior dijimos que la realidad se oculta. Conviene matizar ahora nuestra afirmación, presentar la cuestión en toda su complejidad. ¡Las apariciones y desapariciones del corroncho son la expresión más fiel y acabada del “comportamiento! de lo real, que a la vez se patentiza y se oculta:

El fenómeno muestra la esencia y, al mismo tiempo, la oculta. La esencia se manifiesta en el fenómeno, pero solo de manera inadecuada, parcialmente, en algunas de sus facetas y ciertos aspectos...

...

Captar el fenómeno de una determinada cosa significa indagar y describir cómo se manifiesta esta cosa en dicho fenómeno, y también cómo se oculta al mismo tiempo” (Kosik, 1976, p. 27).

A la vez, el fracaso del sujeto tiene una segunda causa. Aunque él ha logrado un cierto dominio conceptual sobre el objeto, ese conocimiento no se ha integrado a su actividad material. En sus afanes hay una patente inadecuación entre teoría y práctica. La técnica empleada para pescar el corroncho es casi completamente inadecuada a la naturaleza de éste. Un cháchalo no puede ser atrapado con un saco, sino con un arma enteramente distinta. Así lo comprende el sujeto al fin:

Se le había ocurrido cegar el pozo. Pero no, no era tan pequeño, y además, como seguramente tenía alguna conexión con el río, al tratar de desaguarlo podría escapar el cháchalo. Y entonces, también de algún sitio en sus recuerdos, le vino:

—Arponearlo. (AS, p. 116)

Tan pronto comprende la necesidad de aplicar a su objeto una técnica acorde con su carácter específico, el niño pone manos a la obra. Se construye un arpón que, pese a toda su tosquedad, le permitirá finalmente atrapar el escurridizo pez. La captura del corroncho permite la eventual satisfacción material del sujeto, a la vez que se abre la posibilidad de alcanzar un conocimiento más preciso y completo del objeto. Al cumplir esta segunda tarea se dedica el niño, con la misma falta de sentimiento del científico que tortura a sus conejillos para observar cómo reaccionan

El muchacho sintió en la palma de la mano cómo el cháchalo dejaba poco a poco de respirar y, abriéndola, le dio vuelta y vio que los ojos eran ahora dos plaquitas grises y opacas en el mosaico de pequeñas escamas de la cabeza recamada con equívocos arabescos.

...

Ahora lo contemplaba, negro y opaco sobre la mano, y le dio vuelta y le miró el vientre blanco en el que se veía el punto cárdeno por donde le había salido la aguja. Con la yema de un dedo tocó la cavidad áspera de la boca y los pequeños dientes romos y palpó los labios fríos y babosos de ventosa. (AS, p. 118)

Pero la victoria se transforma en derrota. Mirado de cerca y ya definitivamente apropiado por el sujeto, el objeto revela su insignificancia y fealdad

Desagradado lo puso en el suelo y luego le pasó los dedos por el dorso escamoso y le tomó la cola y se la torció hacia un lado. (AS, p. 118-119)

La crueldad final del personaje revela su desilusión. Después de haber deseado tan fervientemente capturarlo, el niño cobra conciencia de que el pez, una vez atrapado, ha perdido todos sus encantos. La rigidez de la muerte- provocada por la aprehensión material y cognoscitiva- lo ha despojado de toda su gracia. De este modo, el sujeto alcanza un conocimiento que, para su provecho y tranquilidad espiritual, jamás debió haber alcanzado. Inútilmente y para su propio desengaño, ha desgarrado los velos que cubren a lo real. Demasiado tarde comprende una verdad que se nos impone como fuerza cada vez mayor:

Hoy ya no creemos que la verdad siga siendo verdad cuando se revela... El pudor con el que la Naturaleza se ha escondido detrás de velos y enigmas debería ser tenido en gran estima... Hoy consideramos una cuestión de decencia el no querer ver todo, presenciado todo, entender o “saber” todo (Nietzsche, citado por Rubert de Ventós, 1982 p. 16)

Así pues, demasiado tarde el niño se da cuenta de que hay verdades que no deben ser descubiertas, que deberíamos guardar “un cierto respeto... por las cosas y por uno mismo: por un nivel de la realidad o de la intimidad que no puede exponerse sin desnaturalizarse; que, como las momias o las películas, se desintegra o vela a plena luz...” (Rubert de Ventós, 1982, p. 16).

Ahora, en ese preciso momento ocurrió esto: un martín pescador que venía volando río abajo se paró en la orilla opuesta en una rama de bambú inclinada sobre la corriente. El muchacho respondió al guiño de la luz en el pavón azul de las alas. El martín pescador se desprendió de la rama y se fue volando río abajo, rasando el agua. El muchacho lo siguió hasta perderlo de vista, y después se quedó mirando la rama que cabeceaba sobre la corriente.

No se oía sino el agua (AS, p. 120).

La faz primigenia e incontaminada del objeto ha sido arrastrada- lo mismo que la infancia lejana y feliz del sujeto- por la corriente de la vida. Para recuperarla apenas quedan dos recursos: la memoria y los vuelos de la imaginación que va en pos del recuerdo:

La casa estaba sobre la colina y por abajo iba el río y era verde y transparente y cuando uno se acercaba a pie por el camino se oía el ruido del agua, como lluvia. (AS, p. 111).



## Conclusiones

Es hora de que extraigamos las conclusiones pertinentes. Como hemos podido ver, los protagonistas de “El niño y el mar” y “Cachalo”, respectivamente, emprenden la tarea de dominar de modo creciente y cada vez más elevado el entorno natural. Ese torbellino de un progreso indefinido es a todas luces, en ambos relatos, el correlato subjetivo de un proceso objetivo: la acumulación igualmente incansable y sin término de capitales, de excedentes empleados para crear nuevos excedentes.

Díaz Solís considera dos posibles desenlaces a ese proceso de conquista (y destrucción) cada vez mayor de la naturaleza. En “El niño y el mar”, relato escrito con toda probabilidad en los años inmediatamente posteriores al término de la Segunda Guerra Mundial, la perturbadora intervención del hombre en la naturaleza tiene un final claramente trágico. Una disciplina actualmente en boga, la ecología, ha venido a confirmar el realismo de este pronóstico, lo que presta una notable actualidad al relato. (Wilde decía que la naturaleza imitaba al arte; aquí los científicos miopes, reciben lecciones del literato visionario).

En cambio, “Cachalo”, escrito en los años sesenta, plantea un desenlace un poco más optimista. El progreso intelectual y material, científico y económico, sólo acaba en desilusión, en desencanto, en la antesala del escepticismo.

En resumen, el sueño de control total sobre el entorno extra-humano termina, en un caso, en aterradora pesadilla; en otro, el desencanto final revela la inutilidad de desgarrar por entero los velos que cubren los secretos de la naturaleza. El autor se balancea, pues, entre la catástrofe y el desencanto.

## Bibliografía

- Araujo, Orlando (1976). *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Tiempo Nuevo.
- Chateau, Jean (1976). *Las fuentes de lo imaginario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Díaz Solís, Gustavo (1972). *Arco secreto y otros cuentos*. Caracas: Monte Ávila.
- Engels, Federico (1976). “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”, en Carlos Marx y Federico Engels. *Obras completas*. Moscú: Editorial Progreso.
- Foucault, Michel (1972). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Kosik, Karel (1976). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- Marcuse, Herbert (1976). *Eros y civilización*. Barcelona: Seix Barral.
- Read, Herbert (1970). *Arte y sociedad*. Barcelona: Península.
- Rubert de Ventos, Xavier (1982). *De la modernidad*. Barcelona: Península.
- Trías, Eugenio (1982). “Lo bello, lo sublime y lo siniestro”, en *Conocimiento, memoria, invención*. Barcelona: Muchnik.